

I

ntroducción

Marginada, oprimida, explotada por ser diferente (*); ciudadana de segunda a causa de su ascendencia, la chicana nos resulta cercana y entrañable. Pero también poco conocida.

Pronto va a ser un siglo y medio que el Tratado de Guadalupe, culminando en 1848 la guerra de Estados Unidos contra México, le entregó a aquel país el enorme territorio que ahora constituye su porción sudoccidental: los estados de Texas, Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah, California, Colorado y otros, ampliada en 1853 con nuevas tierras comprendidas entre Nuevo México, Arizona y lo que habría de quedar como frontera natural de México con Estados Unidos, el Río Bravo del norte o Río Grande.

Con el triunfo de la Guerra del 47 los Estados Unidos aumentaron notablemente su territorio y su posición como una potencia en América. Igualmente —señalan Maciel, Iriart de Padilla y Padilla— adquirieron una colonia interna, pues con la adquisición del sudoeste, más de 75,000 mexicanos se encontraron de pronto en tierra extranjera.

Años después, la entrada de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, una demanda insaciable de mano de obra, nuestra Revolución y una prolongadamente débil economía se encargarían de mantener el éxodo permanente de nacionales hacia el país del norte, haciendo a Estados Unidos cuarto país en el mundo en cuanto a número de hispanohablantes se refiere.

Así, indo-hispanos convertidos en ciudadanos estadounidenses, los mexicanos de Estados Unidos deberán integrar dos culturas, la mexicana y la anglosajona, y vivir la riqueza y contradicciones de un biculturalismo y un bilingüismo (**) que el paso de los años no hace más que subrayar.

Largos años en que ambos pueblos han buscado su filiación, su origen, su identidad en la propia tierra de sus antepasados: México para los mexicanos y Aztlán para los chicanos.

No es la primera vez, ni será la última, que un término peyorativo sea empleado para afirmar aquello que es reprobado; para afirmar una autovaloración, una autodeterminación, un orgullo étnico y una conciencia política. Ni *Spanish American*, ni *Mexican American*, ni *pocho*, ni *pachuco*, ni *latino*, ni *hispanohablante*, ni *Spanish-surnamed American*: simplemente *chicano*, nada más y nada menos que un ciudadano o una ciudadana estadounidense de ascendencia mexicana, nacido en Estados Unidos o ciudadano naturalizado.

(“Hasta hace poco tiempo —escribe Arturo Madrid Barela— en *Towards an Understanding of the Chicano experience*”, Aztlán 1973 —el término *chicano* era una palabra privada usada por gente de ascendencia mexicana viviendo en los

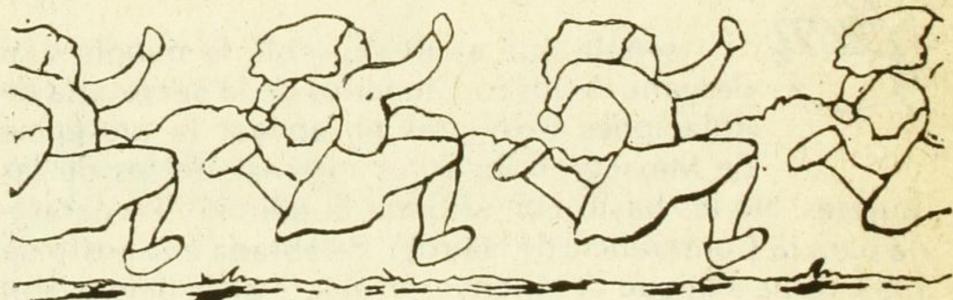
Estados Unidos, en particular por aquel cuya circunstancia social y económica baja hacía decir de sí mismo *Soy Chicano*, reconociendo al otro en un medio extraño y hostil como *Es Chicano*. Lo que fue una palabra privada con uso limitado es ahora un nombre público usado por los *mexicanos de acá de este lado*. *Somos Chicanos*. *Chicano* expresa la conflictiva histórica y la experiencia cultural de un pueblo colonizado...”).

Que el término *chicano* provenga de mejicano-mechicano-chicano; chinaco-chicano; chico-chicano: no es éste el lugar para determinarlo.

Importa para nosotras destacar que el Movimiento Chicano (social), la Causa o el Renacimiento Chicano (cultural) entre los intelectuales en Estados Unidos coincide con el despertar de la nueva ola del feminismo —no sólo en Estados Unidos sino en Europa. Que los 60 son para ambos movimientos años decisivos (¿sería aventurado señalar que, en términos generales, por esos años se empieza a dar una primera generación de intelectuales chicanos en Estados Unidos y se amplía el número de mujeres intelectuales en el mundo?). Que no sólo nuestra condición de mujeres que sufrimos un patriarcado generalizado nos acerca; también nuestro común origen y la conciencia de una lucha común en contra de estructuras discriminatorias, de explotación, colonialistas e imperialistas, dentro o fuera del propio país.

Explicar al otro ayuda también a explicarnos a nosotros mismos. (“Cada vez que me inclinaba sobre la vida norteamericana, deseoso de encontrarle sentido, me encontraba con mi imagen interrogante. —Escribe Octavio Paz en 1947 en *“El Pachuco y otros extremos”* *El laberinto de la soledad*—. Esa imagen, destacada sobre el fondo reluciente de los Estados Unidos, fue la primera y quizá la más profunda de las respuestas que dio ese país a mis preguntas. Por eso al intentar explicarme algunos de los rasgos del mexicano de nuestros días, principio con esos para quienes serlo es un problema de verdad vital, un problema de vida o muerte”).

Pero ¿cómo explicar desde el desconocimiento?, ¿cómo hablar de quienes poco sabemos?, fue así que desde hace algún tiempo venimos pidiendo en Chicago (***) y en Detroit, en San Antonio y Los Angeles materiales para armar este número de la revista **fem.** que pretende no sólo acercarnos a la chicana sino, sobre todo, dejar un puente abierto para un futuro ahondamiento, para una permanente comunicación.



(*) Y hablar de diferencia supone todas las diferencias: de sexo, de clase, de edad, de nacionalidad, étnicas, religiosas, ideológicas, electivas, etcétera.

(**) Tino Villanueva hablará de *bivisualismo* y *bisensibilismo*, en tanto que Salvador Rodríguez del Pino desarrollará la idea de un *biconceptualismo*.

(***) Agradecemos particularmente el interés que Irma Saucedo y Diana Solís en Chicago, y Margrit Frenk en La Jolla, han tenido para ayudarnos a reunir material.